



VISTA DE NAPOLES.

VILLAMEDIANA.

A continuacion insertamos un testimonio que se dió pocos momentos después de la muerte del célebre Villamediana, y que patentiza el sitio en que fué herido, y creemos que será leído con interés, con tanto mas motivo, cuanto que aclara un hecho algo dudoso, pues se creia casi generalmente que habia sido muerto á la bajada del Retiro. Dice así el testimonio:

«Yo Manuel de Pernia escrivano del rey Nuestro señor, de los que residen en su corte, certifico y doy fé que oy día de la fecha desta, á hora de las nueve de la noche, poco mas ó menos, fuy en casa de don Juan Tasis, conde de Villamediana Correo mayor estos reynos, al qual doy fe que conozco y le vi tendido en una cama muerto naturalmente, que dixerón averle muerto de una estocada en la calle mayor cerca de la callejuela de S. Gines. Y para que dello conste de pedimiento de la parte del conde de Oñate di este, en Madrid á veynte y uno de Agosto de 1622. Y en fe dello lo signé entestimonio de verdad.—Manuel Pernia.»

EL ALUMBRADO DE MADRID.

En el año 1678, segundo del ministerio de D. Juan de Austria, se mandó que se pusieran por las noches en todos los balcones de Ma-

drid faroles, á fin de que estuviera iluminada la poblacion, dando así principio al alumbrado público. Esta determinacion fué bastante censurada; y como en aquella época circulaba tanta sátira y tanto folleto, en que desapiadadamente se acusaba á los gobernantes, y mucho mas á D. Juan de Austria, no faltó su correspondiente papel, que circuló manuscrito, titulado: *La Barrabosera, ó Desvergüenzas de la Plaza en el Senado de los Picaros que preside la Barrabosera*; y en él se dice lo siguiente:

«No se puede negar á S. A. que se parece al rey de Francia en la providencia de haber llenado la corte de faroles. La accion que en un gran rey es majestad, en el remedo de la mona es ridícula y entre-més. El rey cristianísimo, teniendo en paz su reyno, desempeñó su hacienda real, promovió el comercio, enriqueció los vasallos, y por lo que podía suceder se previno de poderosos ejércitos. En esta sazón mandó que se pusieran faroles en Paris para asegurar de insultos á aquella ciudad y hermosearla de noche. Y aunque fué de algun gravámen á su vecindario, se llevó á bien la orden por la manifesta utilidad que resultaba, y por mandarlo un rey propietario que tanto se aplicaba á las conveniencias públicas del reino. Pero nuestro amo, ó por mejor decir, nuestro balandran, pareciéndole sin mas ni mas que los faroles eran una cosa lucida, quiso tenerlos en Madrid sin reparar en que el reino estaba enredado en guerras, y S. A., que por su poca fortuna era tenido por un pobre trompeta, manda en tales circunstancias por medio de D. Francisco Herrera, corregidor, que pena de tanto y cuanto, sin esceptuarse eclesiásticos, religiosos, ministros,

17 DE SETIEMBRE DE 1854.

ni señores, todos ahorquen á las puertas de sus casas sus faroles, como si fueran cochinos. Y por hacer alguna cosa de ruido, obliga á muchos pobres á que para encender estas luces apaguen las de sus chimeneas, y las cenas se las pasen en claro. Anda hermano que hay mucha diferencia entre lo uno y lo otro. Los faroles de Francia por su autor y por las demas circunstancias fueron prenuncios de las muchas luminarias que se habian encendido por las victorias de sus armas, pero estos de D. Juan no han servido mas que para prevenir linternas para dar la estremauncion. Esotro solo sirven para desalumbrar á los murciélagos y espantar á los esportilleros, pues que á cada paso les parece que asoma la linterna del refugio convidando á cenar con pan y huevo.»

LA PENA DEL TALION.

(EPOCA 1259.)

Hallábase Teodoro Lascaris, emperador de Nicea, aguardando en el lecho del dolor el fin de su agonía. La corte estaba en la mayor agitacion, porque el único sucesor á la corona, aun en la infancia, ni podia encargarse de las riendas del gobierno, ni evitar tampoco las intrigas que se urdian entre los cortesanos para llevar á próspero término sus ambiciosas miras. Preocupaba al emperador aun mas que el triste fin de su existencia, el desamparo en que dejaba á su hijo Juan, pobre niño inocente, que apenas contaba los nueve años de edad: preciso era confiarle á manos hábiles y poderosas para que la diadema se sostuviera en sus sienes: pero en torno de Teodoro no habia ni un solo amigo, ni una persona que le fuese adicta, ni un solo individuo que no le odiase en lo íntimo de su alma.

Musalon, hombre de carácter irascible y de un amor propio excesivo, no podia haber dado al olvido que por un rasgo de arbitrariedad brutal el emperador le habia lanzado del Consejo á empellones y puntapiés, no contento con insultarle públicamente con las palabras mas denigrantes y ofensivas.

Jorge Aprocólita habia de tener tan presente como las cicatrices en su cuerpo, que por mandato de Teodoro fué azotado como un esclavo, sin que bastase á contener la orden ni los ardientes ruegos de una madre, ni las lágrimas de sus amigos.

Miguel Paleólogo habia sufrido durante tres años todos los horrores de una prision, aislado en el mas inhumano calabozo de un castillo situado á la orilla del mar, y sus continuos lamentos se habian confundido siempre con el rumor monótono de las ondas que compasadamente venian á estrellarse contra las impenetrables murallas de su prision. Este era quien menos títulos tenia para ser enemigo de Lascaris; otros y otros mas funestos recuerdos debian al emperador de Nicea; mas agudos tormentos habian experimentado por su orden; mas motivos de odiosidad debian llevar grabados en sus corazones.

Amargas lágrimas se cuajaban como otras tantas gotas de cera en el pálido rostro del moribundo: empezaba en él á despertarse un verdadero disgusto por las grandezas humanas; veia muy cercana la muerte; tenia abierto ante sus ojos el libro veraz de la conciencia; los remordimientos iban gradualmente absorbiendo el aceite de la lámpara de su vida; la débil llama que la sostenia comenzaba á oscilar con irregularidad, sintoma positivo de que la tierra estaba removida, dispuesta á abrir su seno para oprimirle sin compasion alguna bajo su horrible peso.

El emperador hizo una seña para que se alejasen las dos mujeres que le acompañaban en su estancia; viéndose á solas, sacó de debajo de la almohada una tablilla en que habia escrito sus últimas disposiciones; recorriólas con la vista, y un periodo donde estaba aun en blanco el nombre del tutor de su hijo, trazó con mano trémula las siguientes palabras: «Miguel Paleólogo y Musalon.» Después, como para probar la energia de su carácter, tomó la mortaja que tenia á la cabecera de su lecho, y con la mayor estoicidad se la vistió, cruzó las manos sobre el pecho, y se resignó á esperar el momento solemne de la muerte.

La noche habia desplegado su manto mas oscuro que de costumbre, porque ni una estrella brillaba en la bóveda celeste; el viento desencadenado penetraba con la mayor violencia por las rendijas y las claraboyas en las estensas salas del palacio del emperador Lascaris; mas de una vez el trueno y el rayo habian dejado oír las inacordes detonaciones de su potente voz, y las preñadas nubes abrian su seno para descargar el agua á borbotones. El soldado que estaba de guardia en el dintel de la cámara del enfermo oyó la voz pausada y clara del moribundo que pronunciaba su nombre.

Teodoro sentia aproximársele el estertor de la agonía: después que meditó un instante quiso llenar el último de los deberes respecto de su hijo.

—¡Que traigan á mi presencia á Miguel Paleólogo! dijo el emperador.

Un momento después Teodoro y Miguel se hallaban cara á cara y sin testigos.

El emperador dejó escapar un ahogado suspiro, y rompió el silencio preguntando al recién llegado:

—¿Me aborreces, Miguel?

—En lo íntimo de mi corazón.

—Lo sé: sin embargo, quiero darte una prueba de mi aprecio y consideracion pidiéndote un favor, un beneficio inmenso.

—Dirigete á otro, porque yo no puedo acordármelo.

—Miguel, yo nunca te he querido mal; siempre te he tenido en alta estima; en este momento te amo con toda la efusion de mis sentimientos.

Una sonrisa irónica reflejó el semblante de Miguel.

—Juzga con menos severidad la conducta que por un error tuve contigo. Si por desgracia tuya llegaras á verte á la cabeza de un gobierno alguna vez, mal que no deseo ni al peor de mis enemigos, conocieras entonces cuán digno soy de que me perdones mi falta en haberle condenado á prision: mis consejeros gritábanme al oído: «El Paleólogo es joven, elocuente, está estimado de tus tropas, ambiciona el imperio, y conspira por apoderarse de la corona de Nicea...» Déjame concluir, que los instantes son preciosos.—Oye: voy á morir, y dejo á mi hijo huérfano, en la infancia, sin socorro en el mundo; quiero que seas su apoyo y su mentor. Aquí tengo mis últimas disposiciones en que te nombro juntamente con Musalon tutor de mi hijo. ¿Aceptas este encargo?

—Lo acepto.

El rostro de Miguel espresó la alegría que experimentaba interiormente; sin embargo, su mirada era severa; de pié á la cabecera del enfermo, su actitud era imponente y majestuosa.

—¿Y juras, añadió Teodoro, sobre mi lecho de muerte, que te conducirás con mi hijo como el padre mas afectuoso y tierno?

—Juro solemnemente, con la mano sobre mi conciencia, que mañana mientras se celebren tus funerales recibirá la muerte Musalon, porque quiero ser solo en la tutela de tu hijo: ocho dias después trasladaré á este al mismo calabozo en que estuve encerrado de orden tuyo, y cuando haya allí gemido los tres años, le mandaré sacar los ojos con un hierro candente, y le lanzaré á la pública indignacion para que arrastrando una vida miserable y penosa quede satisfecha completamente mi venganza.

—¡Gracia! ¡piedad! exclamó Lascaris; ¡compasion para mi hijo!

—¿La tuviste tú de mí?

Teodoro, haciendo un esfuerzo extraordinario, se arrojó de la cama y se fué arrastrando á abrazar las rodillas á Miguel.

—¡Piedad para mi hijo!... Si quieres satisfacer tu venganza, aquí me tienes de rodillas; atraviésame con tu espada; pero antes empéname tu palabra de que serás el protector de mi hijo.

—¿Herirte con mi espada? ¿Manchar mi acero con la sangre de una serpiente? No; dentro de una hora habrás dejado de existir, y abreviarte la agonía seria demasiado favor.

—¡Compadécete de un moribundo!

—Teodoro Lascaris no quiso apiadarse de mi martirio. Oye: el calabozo en que gemiré tu hijo será el mismo en que sufrí por espacio de tres años los mas crueles tormentos: el hierro candente que arrancará las pupilas á tu hijo, será el mismo de que te serviste para azuzar los tigres salvajes que devoraron á mi hermana, encerrada por orden tuyo en una jaula con tan voraces animales.

—¿Mi hijo es inocente!

—Tambren era inocente mi hermana.

—¿El no ha cometido ningun crimen!

—Tampoco ella: ¿cuál fué su falta? ¡No querer entregar su hija á tu favorito Musalon! Tú quebrantaste entonces un corazón de madre, complacistes á tu favorito, asesinastes á mi hermana; yo por mi parte quebranto el corazón de un padre, doy muerte al favorito, y saco los ojos al hijo de mi verdugo. Tú condenaste á muerte á una mujer, yo condeno á vivir en las sombras á un niño: aun soy mas generoso que tú.

—Pero aun soy el emperador de Nicea; puedo hacerte morir á una sola seña...

Miguel ahogó la voz en la garganta de Teodoro, estrechándole el cuello con una mano de hierro.

—¡Silencio, cadáver! ¿Ignoras que cuando un emperador está agonizando ya no reina? Pero ¿á qué impedirte el gritar? Cualquiera que llegase vendría gustoso para escupirte el rostro.

El emperador se tendió en el lecho lleno de la mayor agitacion: Paleólogo permaneció con los ojos fijos sobre el semblante de su enemigo sin decir una sola palabra: una hora trascurrió sin que se oyese mas que el estertor del moribundo. La tempestad, algun tanto calmada, volvió á estallar de nuevo con mas furia.

Al cabo de este tiempo, advirtió Miguel que algunas ligeras convulsiones agitaban al enfermo: observó con mas atencion; el semblante de Teodoro se contraía; los ojos, queriendo ocultarse en lo mas recóndito del alveolo, iban tomando el esmalte del hielo; la palidez del oro se difundía por todo el rostro; los labios de color de violeta se entreabrian espontáneamente para quedarse en inmovilidad absoluta; la respiracion era pausada y tardía... la mortaja que vestía Teodoro se movió como impulsada por el choque de una pila galvánica, y el enfermo espiró.

Miguel sintió un estremecimiento general de terror: repuesto de tan desagradable impresion, se inclinó sobre el cadáver, y tomando la tablilla donde constaba la última voluntad de Lascaris, salió de la cámara, convocó á los soldados que daban la guardia en el palacio y en el salon del consejo, y leyó en alta voz el testamento de Lascaris.

—Vasallos, dijo, pues que el emperador ha pasado á mejor vida y habeis oido sus últimas disposiciones, yo soy el regente del imperio de Nicea, y á mí es á quien teneis que obedecer durante la minoridad del heredero.

—Viva Miguel el Paleólogo! exclamaron todos los presentes.

Después los mismos vivas resonaban en todo el imperio.

Cuando se celebraban los funerales del emperador, Musalon caía bajo el puñal de un asesino, y entraba en el mas húmedo calabozo de un castillo en las orillas del mar un pobre niño, á quien tres años después le sacaban los ojos con un hierro candente de órden de Miguel el Paleólogo, quien se creía feliz por haber satisfecho su venganza.

A. A. ORIHUELA.

LAZARO.

Antiquísima y no menos ilustre ciudad es Ginebra, y al mismo tiempo una de las mas hermosas poblaciones que se ofrecen á los ojos del viajero. Mas no era así hace cuatro siglos: ceñida al solo espacio de la isla del Ródano, Ginebra presentaba, en vez de las construcciones regulares y lindos edificios que actualmente la decoran, un hacinamiento confuso de casuchones sostenidos por estacas, tabloncillos inmensos apolillados por el tiempo ó tiznados por el humo, calles sucias atravesadas por hediondos caños, y una poblacion famélica y grosera al paso que rapaz y activa sobremañera.

En uno de estos pobres albergues pasó una vida singular un ente tierno y desgraciado, lleno de abnegacion y entusiasmo, cuya historia trasmitió un alma sensible á la posteridad en un manuscrito que reasumimos en los términos siguientes:

Sucede con los destinos humanos como con las auroras de cada dia: unas resplandecen con mil albores y ostentan los colores de zafiro y grana, mientras que otras se muestran tétricas y empañadas de nubes. Tal fué la aurora de la vida de Lázaro, que apareció en la escena del mundo tan endeble y delicado, que parecia condenado á la muerte, y no obstante continuó viviendo doliente y contrahecho.

Faltó completamente á su infancia la gracia y festividad que á tal edad caracterizan. Oprimido á causa de su débil complexion, objeto del ludibrio general en razon de su fealdad, en vano el infeliz jorobado abrió los brazos al mundo: el mundo pasó señalándole con el dedo.

Toda su ternura la concentró en su madre. Dichoso en su falda, llegó Lázaro á la adolescencia, y después á la juventud.

Dotado de una perspicacia poco común y de una actividad infatigable, el joven ginebrino llegó á ser uno de los mas hábiles relojeros de su época. Solo en su taller, y asiduamente ocupado en su trabajo, no recibía Lázaro mas visita que la de su madre, la cual, constándole cuán agradable le era su presencia á su pobre hijo, repellido por el mundo, se sentaba á su lado, ocupada en su labor femenina, tranquila y silenciosa para no distraer la atencion del joven artifice.

Pero pronto debía faltarle este único consuelo. Cayó enferma su madre, y al cabo de pocos dias todos los facultativos la desahucieron. La idea de una separacion que lo dejaba solo en la tierra, sumergió á Lázaro en el mas profundo dolor. Arrodillado junto al lecho de la moribunda, la llamaba con los nombres mas tiernos y la estrechaba en sus brazos como para retenerla en la tierra. La madre se esforzaba igualmente en volver á su hijo querido sus tiernas caricias y en calmar su afliccion. Por último, puso la moribunda sus trémulas y heladas manos sobre la cabeza de su hijo amado, y con una voz casi apagada pronunció estas palabras: «Valor, hijo de mi vida; por tí solo he vivido, por tí solo pude arrostrar el quebranto y el desaliento. No: tu madre no te abandona; mi amor no muere con mi cuerpo, y este amor será tu consuelo, aun cuando haya yo cesado de vivir.» Al decir estas palabras imprimió sus labios sobre la frente de su hijo, exhaló un suspiro, y cayó sin aliento.

Los vecinos quisieron arrancar á Lázaro del lado de la difunta; pero

el desventurado huérfano permanecía inmóvil, inclinado sobre el cadáver de su madre, y su vaga mirada inspiraba espanto y compasion. «¡Muerta! exclamó, ¡muerta la única persona que me amaba en este mundo! ¡muerta! ¡Ay! ¿por quien debo vivir?»

Una voz misteriosa respondió: «¡Por tu madre!»

Retrocedió Lázaro lleno de horror; mas cayendo despues de rodillas y cubriendo de besos ardientes los labios helados de su madre yerta, comprendió y aceptó la respuesta que acababa de oír. Despues de las lúgubres ceremonias de los funerales, volvió á su trabajo acostumbrado; cerca del puesto que ocupaba la difunta estableció su taburete en que acostumbraba á sentarse, y encima colocó los objetos que usaba llevar consigo; y pronto su fantasia evocó la imagen querida que no podia borrarse de su corazon. Todos los dias pasaba largas horas apoyado en la ventana hablando con su madre, cuyas dulces palabras resonaban en los oídos, cuyas venerables facciones veían los ojos de su hijo. Un solo pensamiento, una idea lóbrega ocupaba empero su alma: en el aislamiento en que se hallaba se le habia mostrado un momento su madre difunta como un rayo de esperanza. Pero actualmente se sometía resignado á la vida, pues en espíritu continuaba viviendo con su madre. La pérdida del único sosten de su vida obligó á Lázaro á salir mas á menudo de su retrete y á mezclarse algo mas en el mundo. Desprovisto de todo atractivo, mostrábase indulgente para con los que lo evitaban, y agradecido para los que á él acudían. Oír hablar de la que le dió el ser, oír encomiar sus virtudes, era un placer indecible para el pobre jiboso, que continuaba administrando las limosnas de su madre y en nombre de esta para oír bendecir su memoria.

En la ribera opuesta vivía en una habitacion análoga á la de Lázaro un relojero llamado Walter, de grande y merecida fama, si bien hacia algun tiempo que habia renunciado á su profesion y vivía encerrado, sin comunicacion con las gentes, que ignoraban si el famoso relojero estaba muerto ó vivo. Y sin embargo, hervía en la cabeza de Walter un proyecto á cuya realizacion consagraba todas sus fuerzas y todos sus instantes. Desgraciadamente este proyecto era descabellado: el ingenioso Walter, despues de haber perfeccionado el arte de la relojería, habia concebido la idea de una máquina dotada de un movimiento perpétuo. Al principio Walter apartó de sí tan extraño pensamiento; pero poco á poco acabó por ser dominado por esta idea esclusiva, en términos que á ella consagraba con el mayor ahínco y una perseverancia digna de mejor objeto, el crepúsculo de su vida.

Tenia Walter una hija llamada Batilde, jóven, pálida, silenciosa, desprovista de gracias corporales, y tan solo recomendable por su bondad y resignacion. Jamás hablaba Batilde con las demás personas de su edad; ningun canto resonaba en su reducido aposento, y envuelta en un tétrico abatimiento como en un paño funeral, trabajaba con teson y sin el menor recreo.

Todos los dias pasaba Lázaro por delante de su ventana: la primera vez fué efecto del acaso; pero la languidez de Batilde hizo impresion en su pecho, y despues apenas transcurria un dia sin verla. Procuró conocerla y hablarla, y la doncella respondió con afabilidad, pero con pocas palabras, siendo fácil de notar que el silencio y la soledad le eran mas halagüeñas que la conversacion del pobre Lázaro. Fácilmente comprendió este que su presencia era importuna, y cesó de dirigir la palabra á la doncella.

Aborto en sus indagaciones, pronto acabó con sus recursos el padre de Batilde. Lázaro compró á un precio exorbitante las últimas alhajas y los relojes que quedaban á Walter; y despues acudió á los acreedores de este, obligándose á pagarles cuanto les debía el visionario.

Así pasaron algunos meses. Por último, recelosa del porvenir, solicitó Batilde una explicacion con los acreedores, y todo fué descubierto. Su primer movimiento fué ir á ver á Lázaro y manifestarle de rodillas su reconocimiento. Un vivo enternecimiento habia sucedido á su frialdad habitual, y la gratitud parecia haber derretido el hielo de su corazon.

Libre desde entonces del estorbo que acarrean los procederes clandestinos, pudo Lázaro volver mas eficaces sus beneficios. Batilde lo fué desde aquel instante una hermana cuyos menesteres y deseos fueron objeto de la mas viva solicitud de parte de su bienhechor, y desde la muerte de su madre la hija de Walter fué la única criatura en quien pudo verter su ternura. La doncella recibía las atenciones de Lázaro con sensible reserva. Todos los esfuerzos de este no podían disipar el tinte de tristeza que dominaba su alma; la bondad de Lázaro conmovía el corazon de la hija de Walter, que manifestaba á veces con efusion su gratitud; pero ahí se limitaban sus sentimientos. Lleno de gozo al poder amar á otra criatura humana, el pobre Lázaro se contentaba con la amistad de Batilde, sin atreverse á pedir de su corazon un sentimiento mas dulce.

No obstante, como la hija de Walter parecia acostumbrada á la fealdad del pobre jorobado y mirarlo, no solo sin horror, sino con perfeccion, se atrevió Lázaro, despues de mucho titubear, á desearla por

compañera de su vida, pensamiento que al principio había rechazado como una quimera.

Una noche Lázaro, agitado mas que de costumbre, se dirigió á casa de Batilde. Al momento de entrar, le pareció oír una voz desconocida que pronunciaba el nombre del objeto de su amor. Lázaro abrió con tiento la puerta y apercibió á Batilde llorando sobre el hombro de un joven vestido de viaje.

Al ver á su bienhechor, exclamó con viveza Batilde: «¡Ah! venid, acercaos, noble Lázaro; mirad á mi querido Félix, mi novio, que creía muerto.»

Lázaro retrocedió mal seguro: todo lo había comprendido.

Un raudal torbellino amenazó destrozar su corazón; pero la imágen de su madre disipó las nubes que empañaban su alma.

Al día siguiente salió Lázaro á la hora del paseo que, acompañado de su hija, hacia Walter, curado en fin de sus manías, y como se dirigiese al campo el anciano, acercóse á él Lázaro, y sin mas preámbulos le pidió la mano de su hija. Estremeciéndose Batilde; pero cuando oyó á Lázaro hablar de Félix como de la persona destinada á recibir su mano, respondió victoriosamente á las objeciones de su padre, é indecible fué su júbilo.

Asistió Lázaro á la celebración del matrimonio de Batilde, y estableció á sus costas á la joven pareja, deseándoles toda la felicidad que le negaba implacablemente su triste suerte.

Solitario en su aposento, llegó al fin de sus días la infeliz criatura, á quien el cielo había deparado un alma bellísima en un cuerpo contrahecho. Abandonado de todos, no tuvo mas compañía que el recuerdo de su madre, y su nombre fué la última palabra que pronunció antes de morir.

Sin embargo, esta vida solitaria, desprovista de cuanto juzgan los hombres felicidad, no dejó de contener un goce de que solo disfrutaban las almas predilectas, y que ni aun sospecha el vulgo necio; un goce superior á todas las satisfacciones del orgullo, de la vanidad y del amor carnal: amar á los demás mas que á sí mismo. Tal fué la satisfacción de Lázaro en la tierra.

José CAMPOS.

UNA VISION.

Es media noche. Por la entreabierta ventana veo cruzar el firmamento negros nubarrones, fantasmas movibles que apagan el fulgor de la luna y se inclinan hácia la tierra, envolviéndola en una pesada atmósfera. Alguna solitaria estrella asoma su pálida faz, contemplando temerosa la fúnebre tranquilidad de la naturaleza. Todo respira melancolía, y apoyada la frente en mis manos veo vagar tétricas visiones, que armonizan con el estado de mi corazón.

A intervalos viene algun ahogado gemido que entristece aun mas el lúgubre silencio que en mi torno reina: eres tú, madre mia, que yaces cerca de mí, agobiada por el exceso del sufrimiento. ¡Qué desconsuelo vierte en mi alma la vista de tu semblante marchito por los pesares! ¡Cuántas amarguras habrán cruzado por tu existencia hasta marcar su paso en indelebles surcos sobre tu noble y pura frente! Tú, madre mia, que has pasado los límites de la juventud, torna la vista hácia el pasado, y dime: ¿te ha recompensado el mundo lo que te ha hecho sufrir? ¿Los días serenos de tu existencia pueden pesarse en la balanza de los del dolor? ¡Ay! demasiado comprendo que no. En medio de tu letargo pronuncias entrecortadas frases, que solo respiran un triste desconsuelo; yo sé que tu vida ha sido sembrada de amarguras, y sin embargo, madre mia, tú has sido siempre una noble y santa criatura. El espectáculo de tus sinsabores me desalienta. Mi cabeza se inclina fatigada al empezar la vida. No me hallo con fuerzas para emprender su larga y espinosa senda. Levanto mi vista á los que antes que yo la han emprendido, y veo sus piés despedazados y sus rostros envejecidos en el sufrimiento. ¡Cuántos han pisado sus umbrales respirando alegría é ilusiones, y á la mitad del camino han sucumbido bajo el Aquilón de la desgracia! ¡Cuántos, seducidos por el brillo de algunas flores, han tomado una senda estraviada, y encontrado á su término espantosos abismos que no han podido salvar! ¡Ay! mi vista se turba, el desaliento se ha apoderado de mi corazón. Si estás destinada, madre mia, á elevarte á la celeste altura, estréchame en tu seno y llévame contigo; evítame los largos años de sufrimiento que quizás me esperan en este mundo. No quiero tampoco sus flores, porque sus espinas me han de herir antes de tocarlas, y en seguida las he de ver marchitas á mis piés. Mundo, desprecio tus goces; quiero evitar tus engaños; quiero elevar al Señor mi alma, inocente todavía...

Así exclamaba en mi delirio, y lágrimas ardientes surcaban mis mejillas.

Algunas ráfagas de viento cruzaban entonces por mi ventana, y

me parecían eran las almas que desprendidas ya de la tierra se elevaban hácia los cielos, y un inmenso deseo de seguir las se apoderó de mí.

Prostrado, y fijos mis ojos en el cielo, pedí entonces al Señor un poco de paz para mi espíritu agitado.

La luna había despejado ya el firmamento, y noble soberana bogaba lentamente por el azul éter, entre diáfanas blondas de cristal. Su suave claridad inunda mi alma de un bálsamo consolador. Los suspiros perfumados del céfiro, penetrando en mi estancia, refrescaron mi ardorosa frente. Poco á poco una dulce languidez se apoderó de mi espíritu, y una voz suave resonó en mi oído, dirigiéndome estas consoladoras palabras:

«Pobre y débil mujer, ¿por qué te acobardas al aspecto del dolor? Si te desalienta la perspectiva de los precipicios que en tu camino se presentan, ¿por qué fijas tu vista en ellos? Levántate, tímida criatura, y emprende con planta firme y ánimo sereno esa escarpada senda que te se presenta. Siembra á tu paso balsámicas plantas, que ellas florecerán, y te enviarán sus perfumes para refrescar tu fatigado aliento. Salva valerosa los áridos peñascos que te apartan del término de tu viaje, y llegada á su fin, contempla ese risueño espectáculo que ahora te presento.»

Entonces en un terso y cristalino lago vi reflejadas las tempestades que combatieron mi existencia, y su vista, en lugar de despertar tristes recuerdos, llenó mi alma de una santa satisfacción. En sus bordes vi crecidas las benéficas plantas que á mi tránsito sembrara, y que trasformadas en frondosos y floridos árboles, formaban un espeso bosque, á cuya sombra descansó mi fatigada cabeza, aspirando sus perfumes.

Al extremo de ese bosque se elevaba una brillante puerta, cuyas hojas de diamante se abrieron para dar paso á celestes melodías, de entre las cuales se elevaron estas palabras: «Alma santa y valerosa, ven á recibir el premio de tus dolores en la tierra. Si cortos años de amargura has soportado noblemente, ven á gozar siglos de ventura. La puerta del paraíso se abre hoy para ti.»

Radiante de felicidad dirigí un adiós al lago y al bosque, y ansiosa me lancé en busca de la eternidad...

En ese momento una ráfaga de viento, penetrando en mi estancia, sumergióme en la oscuridad. Un gemido salió del pecho de mi madre... Volví á la realidad de la vida, y una lágrima se deslizó por mi rostro al abandonar mi dulce ilusión; empero mi corazón estaba fortificado, y mi ánimo dispuesto á soportar con firmeza los embates de mi existencia...

M. DEL M. DE S.

UN MATRIMONIO POR FUERZA.

A la puerta de una de las mejores fondas del cuartel de las Tullerías acababa de parar una silla de posta tirada por seis caballos. Bajaron del carruaje dos jóvenes, mientras que un criado que los precedía preguntaba cuál era el cuarto dispuesto para el conde de Morianof.

—En el primer piso, núm. 3, respondió el fondista prodigando las mayores muestras de profundo respeto á los dos viajeros, cuyo tren anunciaba grande riqueza y no menor dispendio.

Entraron los dos jóvenes en un salon esquisitamente adornado: uno de ellos se tendió francamente en un sofá: el otro abrió una ventana y exclamó con un acento lleno de entusiasmo:

—¡Hé aquí París! ¡qué hermoso! ¡qué animado! ¡Decidme, querido Franville, ¿estamos lejos de la calle de Santo Domingo?

—A diez minutos de distancia, si vamos en carruaje con buenos caballos.

—Muy bien. ¿Supongo que no olvidásteis las condiciones de nuestro trato?

—Las tengo muy presentes, querido conde.

—No hay que perder tiempo: empecemos al instante.

—En buen hora. Mandad á vuestros cosacos que os vistan: iremos á comer al café de París, y mañana tomareis la primera lección.

El conde Anatolio de Morianof era un ruso del tipo primitivo, un moscovita inculto. En sus ademanes, en su andar, y hasta en el aire de su fisonomía, se observaba un no sé qué de poderoso y de vulgar al mismo tiempo. Era de alta estatura y de una belleza algun tanto selvática. M. Adriano de Franville, su compañero, en nada se le parecía, y jamás se vió mas pronunciado contraste. Si el uno ofrecía el modelo del verdadero ruso con toda su sencillez nacional, representaba el otro en toda su gracia al mas refinado parisiense; era un hombre diminuto, de veinticinco á treinta años, delgadillo, astuto, fino, florido, lleno de buenos modales, afectando los primores de una esquisita elegancia, siempre aplicado á agradar y á producir efecto: en una palabra, un perfecto dandy; la corteza mas brillante, y poca cosa dentro.

Estos dos hombres, que parecían tan poco hechos para entenderse, se habían encontrado en un jardín y en un salón donde se reunía durante el verano la sociedad más extraña de Europa, donde se hallan mezclados los elementos más heterogéneos, en Baden. El ruso ostentaba allí todo su esplendor aristocrático; lleno de fiereza y orgullo, contemplaba el mundo desde la altura de su grandeza y de su ignorancia: el parisiense, por el contrario, se entregaba á toda su frivolidad natural, y ponía en juego todos sus atractivos: veíasele revolotear en torno de las señoras, siempre risueño y burlón, pródigo de su persona, de su ingenio y de su bolsillo, tres tesoros que estaban muy lejos de ser inagotables. A pesar de la diferencia de sus caracteres, de sus situaciones y de la conducta que respectivamente observaban, el conde

de Morianof y Adriano de Franville debían llegar casi al mismo término; pues uno y otro habían hallado en el camino de su vida una pasión que los llevaba derechos á la desesperación.

El conde había salido una mañana muy temprano para dar un paseo por los bosques que rodean el antiguo castillo. Sombrios pensamientos agitaban su espíritu: caminaba sin dirección, dando desahogados pasos y apaleando los arbustos con su caña en los raptos de melancolía. De repente vió un hombre parado delante de un magnífico pinabete, en pié, con los brazos cruzados y la vista fija en la cima del árbol. Al ruido que hizo el conde al acercarse, Franville (pues él era) se volvió y dejó adivinar la contrariedad que sufría viendo que le interrumpían en sus meditaciones. Sin embargo, saludó cortesmente



(Vista de Charenton.)

á Morianof y se alejó de aquel sitio; pero el conde le siguió maquinalmente. No tardaron en hallarse en un paraje donde se cruzaban dos caminos, y Franville se detuvo con marcada intención de dejar pasar al ruso delante y de tomar la senda que este no eligiese. Era tan clara esta maniobra, que no podía escapar á la inteligencia y precaución de Morianof.

—Perdonad, caballero, dijo el conde: ¿deseáis estar solo?

—Sí señor, respondió Franville.

—Si lo hubiera sabido, os habría dejado más presto.

—Sois amable con extremo.

—Y me pesa en el alma haberos incomodado cuando estabais contemplando aquel enorme pinabete.

—Cabalmente entonces estaba discutiendo que era un árbol hermoso para ahorcarse.

—¡Ah! ¿tendríais el proyecto de acabar con vuestra vida? No quiero estorbaros. Adios, señor mío.

El mal humor de Franville no pudo resistir á esta salida: soltó la carcajada, y el conde repuso frunciendo las cejas:

—¿Os parece un chiste lo que os he dicho?

—Sí tal.

—No veo en ello nada que no sea muy natural: yo tenía la misma idea.

—¿La idea de ahorcaros?

—No precisamente de ahorcarme, sino de dar fin de otra manera: mirad, dos pistolas he traído conmigo: si gustais, os ofrezco una.

—¿Sois por ventura inglés?

—No: soy ruso, y me llamo el conde de Morianof: vos sois francés, y os llamais Franville. Me habeis chocado, y me he informado de vos

porque de todos los hombres que hay en este momento en Baden, vos sois el que mas envidio.

—Es un honor que merezco muy poco.

—¡Ah! ¡si yo fuese como vos, no pensaria en matarme!

—Ni yo tampoco, si estuviese en vuestro pellejo.

—Daria 200,000 rublos por poseer vuestras prendas.

—Si pudiera venderlas, las cederia á mucho menor precio; y esto tal vez nos sacaria á entrambos de penas. Pero ¿podria, sin ser indiscreto, preguntaros la causa de vuestra desesperacion?

—El amor.

—¿Y el motivo de vuestra melancolia?

—El juego. He perdido cuanto tenia y muchísimo que no tenia.

—Amo á una paisana vuestra y la adoro sin esperanza, pues ignoro el arte de agradar.

—Os desesperais demasiado pronto. ¡Matarse por amor, qué locura!

—¡Matarse por dinero, qué tontería!

Después de darse mutuamente estas muestras de confianza, tomaron juntos los dos jóvenes el camino de la ciudad, y su conversacion los llevó á hacerse reciprocas ofertas de servicio. El conde puso su bolsillo á disposicion de Franville, que lo aceptó con una condicion.

—Quiero, le dijo, ponerlos en estado de conquistar el corazon de la que amais; para esto es necesario que me reveleis todo entero vuestro secreto.

Entonces contó el conde á Franville que al llegar á Baden á principios de la estacion, habia encontrado á la baronesa de Vareilles, una de las mujeres mas lindas del arrabal de San German, y al momento habia sentido nacer en su alma una pasion violenta. La baronesa era viuda, libre, encantadora, razonablemente coqueta, y estaba siempre rodeada de una turba de pretendientes. Aumentó el baron el número de estos, y fué bien recibido: hicieronle además algunos avances, ó al menos así lo supuso; pero en breve echó de ver que madama de Vareilles se divertia con su mala gracia, y se complacia en hacerle cometer necesidades de que se reia con sus cortesanos. Llamábale su salvaje, y decia algunas veces: «mucho nos divertiremos esta noche, pues tengo ánimo de hacer bailar el oso.» El conde casi estuvo por amostazarle; pero le faltaron fuerzas para ello: inclinó dócilmente la cabeza al yugo de la zumba, y fácilmente engañado por las graciosas chanzas de que era objeto, y tomando á la letra las dulces palabras con que se le acariciaba, tuvo la cándida vanidad de creerse amado. Entonces aguardó una ocasion en que hablar á la baronesa sin testigos, y cuando halló esta ocasion, expresó su amor como lo sentia, con la áspera energia y la brutal sennillez que una mujer del gran mundo parisiense no podia comprender. Madama de Vareilles se guareció vivamente de tan brusco ataque, contentándose con responder:

—Hasta ahora me habeis hecho reir, caballero: en este instante me dais miedo.

—Después de oir estas palabras crueles, continuó diciendo el conde, eché una mirada sobre mi mismo, y me vi precisado á reconocer toda mi indignidad. Sí, yo era un salvaje, un oso, un bárbaro, un rústico: lo soy todavía, pues no sé bailar, ni andar, ni saludar, ni sonreir, ni hablar como es necesario para que vuestras mujeres elegantes me distingan. Solo un partido me quedaba que tomar: el dé combatir y ahogar tan loco amor; pero en vano lo intenté. La baronesa no disfracó ya sus desdenes; y era tal mi debilidad, que echaba de menos aquel tiempo en que se burlaban de mí. Ayer se volvió á París, y esta mañana, después de una noche malísima, casi estaba decidido á poner término á mis dias, cuando me habeis encontrado.

—Por dicha vuestra, mi querido conde, pues me encargo de vuestra educacion. Dentro de poco tiempo habrá desaparecido la corteza moscovita, os habré convertido en un parisiense hecho y derecho, y la baronesa quedará encantada de la metamorfosis, cuya honra recogerá toda entera.

A la mañana siguiente á su llegada á París, Franville presentó al conde sus tres criados cosacos, perfectamente afeitados y empolvados, con calzon corto y guantes blancos.

—No para aquí, le dijo; pues os he tomado un ayuda de cámara que ha servido al duque de... y dos *grooms* ingleses para vuestros caballos... Ahora vamos á empezar nuestro estudio. Que entre el maestro de baile.

La mañana siguiente se consagró también á la instruccion: después del maestro de baile vino el maestro de música; luego el profesor de literatura. En seguida fueron los dos amigos á pasearse al bosque de *Boulogne*, y desde allí al casino y á la ópera. El conde buscaba por todas partes á madama de Vareilles, y Franville le aconsejaba que huyese de ella hasta mejor ocasion.

—No conviene verla, le decia, hasta que os halleis tan completamente mudado que podais producir en ella una impresion muy viva.

El ruso era dócil, y esta virtud nacional debia servirle tanto como su firme voluntad; trabajó con tanto ardor y paciencia, era Franville tan buen maestro, tenia el discípulo tan buenas disposiciones, que al

cabo de seis meses el ruso se habia desvanecido enteramente para dejar su lugar á un dandy, modelo de buen tono, de ligereza y gracia. Citábase en todas las reuniones al conde de Morianof como tipo de un lujo de mucho gusto, como dueño de los mas bellos caballos de París y de los mas esplendentes carruajes. Los elegantes de la capital se esforzaban en igualarle; pero ¿cómo competir con un hombre que poseia veinticinco mil vasallos y sesenta leguas cuadradas de tierras y pueblos?

—Estoy muy satisfecho de vos, dijo un dia Franville á su discípulo: habeis sobrepujado mis esperanzas y tenido suficiente valor para imponer silencio á vuestra pasion. Esta misma noche quedará recompensada tanta virtud. Iremos al baile que da vuestro embajador: allí estará la baronesa.

Gran trabajo costó á madama de Vareilles reconocer en el brillante y gracioso caballero que ante ella se presentaba, al bárbaro rústico que tanto la habia divertido y escandalizado en Baden: y así que hubo caido en la cuenta, le dijo el conde:

—Esta metamorfosis es obra vuestra: por vuestro amor me he transformado de la manera que me veis.

La amable baronesa comprendió que esta era su mas bella y liasonjera conquista. Al pronto triunfó su vanidad; pero Franville, profundo observador, adivinó que no tardaria el corazon en ponerse de parte del amor propio.

Este primer instante de felicidad que Morianof experimentaba al cabo de seis meses, y este primer rayo de esperanza que brillaba en su alma, quedaron marchitos por un aviso que le dió uno de los secretarios de la embajada.

—Vuestra reputacion parisiense, le dijo el diplomático, ha llegado hasta San Petersburgo: el emperador ha pedido algunos informes acerca de vuestra persona. Ya sabeis que S. M. no gusta mucho de los ausentes que brillan fuera de su corte; y de temer es que venga muy pronto una orden imperial que os obligue á salir de Francia y á restituirsos á vuestra patria.

En efecto, el peligro era inminente, y para conjurarle recurrió Morianof á un arbitrio que en semejantes circunstancias suelen emplear con buen éxito los rusos opulentos. Compró dos magníficos cuadros y se los regaló á su soberano. El museo de Petersburgo está casi enteramente compuesto de esta clase de donaciones, y el palacio del Czar amueblado por los regalos de sus fieles súbditos que de esta manera consiguen y compran el permiso de vivir lejos de su augusta majestad.

Uno de estos dos cuadros era de Decamps, y el otro de Pablo Delaroché: bien valia esto una prolongacion de ausencia, que el conde aprovechó para hacer rápidos progresos en el corazon de la baronesa. Fueron las cosas tan *en popa*, que al fin se pronunció el nombre de matrimonio; pero un ruso ilustre no puede casarse en pais extranjero sin consentimiento del Czar. M. de Morianof compró otros dos cuadros, y añadió á ellos dos estatuas, un tapiz de la famosa fábrica llamada *Les Gobelins* y un servicio de porcelana de Sévres: en la carta de remision solicitó el beneplácito imperial. Aceptó el Czar los regalos del conde; pero le negó el permiso para casarse con Mme. de Vareilles: además, el augusto soberano mandó á su fiel súbdito que volviese á San Petersburgo en un plazo muy breve, so pena de ver sus bienes confiscados, y algunos de sus próximos parientes enviados á Siberia.

Era forzoso obedecer. El conde partió, prometiendo á la baronesa que presto estaria de vuelta.

Para un hombre que se ha acostumbrado á los encantos de la vida parisiense, el volverse á Rusia es una verdadera calamidad. Duro es por cierto abandonar el centro del gusto, de la elegancia y de los placeres, para encontrarse luego en Petersburgo en el seno de la barbarie, bajo un yugo que á todos abruma, hasta á los mas encumbrados. ¿Qué será pues cuando á estas miserias se añade el tormento de un amor desgraciado; cuando con tantos otros bienes se ha dejado en la tierra extranjera una mujer amada y un corazon amante?

No era el conde tan buen cortesano que pudiese ocultar sus pesares, y el Czar le regañó porque no preferia San Petersburgo á París, y el capricho imperial á su pasion. Morianof habia confiado en un principio que á fuerza de sumision, de respeto y de súplicas lograria despertar la clemencia de su soberano y alcanzar aquel consentimiento tan cruelmente negado; pero el Czar no era hombre que se contentase con poco cuando atormentaba una victima.

—Conde de Morianof, dijo un dia el príncipe sonriendo, sé que teneis grandísimos deseos de casaros, y para daros gusto os he buscado una esposa; la señorita de Lataniéff, hija única del valiente general de este nombre. He decidido que el matrimonio se celebrará dentro de tres semanas.

Un rayo fué para el conde esta noticia. Recobrado del primer asombro, pidió al Czar el favor de una audiencia particular, y allí, con todas las fórmulas del respeto mas profundo, se negó á admitir el honor del enlace que se le habia propuesto.

—¿Os rebelais, señor conde? exclamó el Czar: bien veo que os he dejado permanecer demasiado tiempo en Francia.

—Señor, repuso Morianof, no quisiera ofrecer á una protegida de V. M. un corazon que pertenece á otra.

—¿Cómo! ¿os acordais todavía de la baronesa de Vareilles? Os prevengo que jamás obtendréis mi consentimiento para semejante matrimonio, y no os permitiré volver á Paris sino cuando esteis casado. Pensadlo bien, y cuidad de que yo no encuentre la mansion de San Petersburgo demasiado agradable para un súbdito desobediente.

—Ya puedo disponer mi viaje para Siberia, dijo Morianof al entrar en su casa.

Pero ¿cuáles no serian su admiracion y su alegría cuando á la puerta de su palacio encontró á su amigo Franville?

—¿Y la baronesa? exclamó al punto: dadme nuevas de Mad. de Vareilles: sin duda han interceptado sus cartas, pues en un año que hace que vine ni una sola linea he recibido escrita de su mano.

—Quería venir; pero el embajador tenia órdenes, y se ha negado á firmar su pasaporte.

—¿Tantos obstáculos habrán debilitado su amor!

—Al contrario: los obstáculos han irritado su pasion. Sabeis que es viva de ingenio y ardiente de imaginacion. Hemos hallado un medio algo extravagante.

—¿Qué medio? hablad, querido Franville.

—No; bastante he dicho ya. El medio está en un *Vaudeville* francés que vereis representar esta noche en el teatro, adonde iremos juntos. Podeis presentaros en mi compañía: pues para alucinar á vuestro receloso gobierno, he tomado pasaporte en la embajada inglesa bajo el nombre de sir Arturo Reynolds.

Por la noche, Morianof y Franville estaban en el teatro, ocultos en los asientos mas oscuros: el cartel habia anunciado una *debutante*, y cuando esta se presentó en la escena, Franville no tuvo tiempo mas que para poner su mano en la boca del conde que habia reconocido á Mad. de Vareilles.

—Sí, ella es, amigo mio. ¿Pensareis ahora que su amor se ha debilitado? Venid á los bastidores y alli la hareis la corte.

—¿Cómo! ¿pretendeis que yo obre de ese modo y sin misterio?

—Debeis obrar abiertamente: os enamorareis de la actriz, hareis locuras por ella, y concluireis por firmarle una promesa matrimonial.

El siempre dócil Morianof se dejó guiar por Franville y por la baronesa, é hizo cuanto quisieron. Al cabo de pocos dias no se hablaba en San Petersburgo mas que de la pasion del conde á la actriz francesa. El Czar, que se ocupa bastante de los asuntos del teatro, no sabia qué pensar de este amor, y concluyó por imaginar que Morianof no tenia otro designio que el de romper enteramente todo proyecto de matrimonio con la señorita de Lataniéff.

—Yo castigaré su insolencia, dijo.

Y ya se disponia á firmar una orden de destierro para la Siberia, cuando se presentó la actriz á implorar su justicia contra el conde de Morianof.

—¿Me ha engañado, decia, me ha dado esta promesa firmada de su mano y no quiere cumplirla!

En cualquier otra ocasion hubiera hallado el Czar muy ridículas las pretensiones de una cómica que queria obligar á un gran señor ruso á casarse con ella, bajo el frivolo pretexto de un compromiso solemne; pero ahora se trataba de una venganza imperial. Brilló en el rostro del Czar un relámpago de alegría; mandó llamar á Morianof y le dijo:

—Un hombre bien nacido debe ser esclavo de su palabra. Os habeis resistido á casaros con la hija del principe Lataniéff; gustais de las francesas: os casareis con esta joven: yo lo mando.

El conde fingió alguna resistencia: luego cedió y se celebró el matrimonio.

—Ahora, le dijo el Czar despues de la ceremonia, bastante castigado estais: os permito vender vuestros bienes é ir á estableceros en Paris con vuestra mujer que os dará infinita honra.

CASTEL.

Luis Bertran Castel, jesuita, autor de muchas obras de geometría, de filosofía y literatura, nació en Mompeller en 1688, y murió en 1757 á los sesenta y ocho años de edad.

Algunos pensamientos sueltos podrán servir para dar á conocer la originalidad que caracteriza los escritos del P. Castel.

Hablando de las facultades del alma: el entendimiento, dice, es como un vapor sutil que el sol levanta sin turbar la claridad del dia, y las pasiones son como vapores espesos que forman una niebla; las sensaciones son como aquellas gotas gruesas de las lluvias pesadas y densas que hacen sombrío y tenebroso el dia. La idea corresponde á lo que es la vision en el ojo; la comprension á la persuasion del oído; la sensacion á la ciega seguridad del tacto. El pueblo es pueblo por las sensaciones; el sabio lo es por las ideas, y el hombre civilizado viene á ocupar un medio.

Nuestro autor distingue en el ingenio dos cualidades que le caracterizan; es inventor y filósofo; lo primero por viveza, y lo segundo por madurez; la viveza forma la gracia en la expresion, y la madurez el juicio, y ambas cosas son necesarias para formar el ingenio. Sin el espíritu filosófico y el discurso, el ingenio se evapora en imaginaciones extravagantes, y no inventa. Sin la inventiva, el talento filosófico no es mas que el sentido comun, que solo aprovecha al que le tiene, y que no comete faltas, por la misma razon que no inventa nada de extraordinario.

El mismo fondo que forma el talento de un buen militar, forma el de todas las ciencias y artes. Aplicado á la poesia, ha formado los Homeros y los Virgilio; aplicado á la filosofía, los Aristóteles y los Descartes; aplicado á las matemáticas, los Archimedes; y aplicado á la guerra los Alejandro, los Césares, los Turenas y los Condés: en fin, cuando llega á un cierto grado de perfeccion, lo abraza todo.

El filósofo de nada se admira; todo lo espera, todo lo preve, y conoce las causas por los efectos, y nada teme sino lo que no comprende. La ruina del universo le aniquilaria sin espantarle. Este es el verdadero filósofo; los demás solo son graciosos habladores. Que se me presente, añade el autor, un ejemplo de filosofía semejante al de uno de nuestros generales, el cual en el mayor ardor de una batalla pidió un polvo de tabaco á uno de sus tenientes, y viendo que le habia muerto una bala de cañon al tiempo que le presentaba la caja, se volvió con serenidad al lado opuesto y dijo á otro oficial: *Hágame V. el favor de darme el polvo, pues este se ha llevado la caja consigo.*

CANCION.

Luchá una idea en mi mente,
y en mi corazon doliente
de continuo abierta está
herida que el alma siente
que devorándome va;
y mientras luchando abrigo
la idea, y tras ella voy,
más la herida abriendo estoy
que habrá de morir conmigo:
sabe el cielo
el afan con que batallo
entre un desden que recelo
y entre un amor que no hallo.
Do amé rigores cogí;
y con frivola altiveza
luego burlarme creí
del poder de la belleza,
hasta el dia en que te ví:
ahora busco tu mirada
con amante desvario,
y acobarda el pecho mio
temor de verte enojada:
ahora hablarte
solo, idolatra, deseo,
y ante el temor de enojarte
enmudezco si te veo.

Dióme el cielo con mil daños
un corazon que corrió
batallando años tras años
entre ensueños que trocó
por acervos desengaños;
y que ahora ciego se lanza
tras la ilusion de tu amor
donde batalla mayor
mi náufrago pecho alcanza:
do á saber
tu desdeñoso desvio
corro tal vez para ver
desengaño el amor mio.

Mas, si por dicha te apiada
ese tormento que lloro,
esa cadena dorada
de mi vida enamorada
que arrastro porque te adoro:
dime adios; que huir prefiero
de mi temerario amor,
si es cierto tu desamor
mientras yo amándote muero;
que es azar
mayor en trance tan fuerte
esperanzado adorar,
que desdeñado perderte.

J. DE GRIJALVA.

LA CORONA DE ORO.

ODA

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

¡Oyes cómo te aclama reverente
 El pueblo en derredor? Grata armonía
 Suena dóquier: en resonante coro
 Que inunda de placer el alma mía,
 Te celebran los vates, y tu frente
 Ornar intentan con corona de oro.
 Digno eres de ella; el pueblo no se engaña
 En tan grande ovación: que tú constante
 Sus fueros defendiste,
 Cuando á romper el yugo degradante
 A sus hijos llamó la noble España,
 Y ni al amago del tirano fiero
 Tu corazón indómito rendiste,
 Ni jamás con acento lisonjero
 Endiosaste al poder. Los altos hechos
 De gloria y de virtud, y los varones
 De fama esclarecida,
 Que al ver la patria misera oprimida
 Alzaron de Castilla los pendones,
 Estos los temas fueron
 De tu canto sublime. Ora en la escena
 Al inclito Pelayo retratabas,
 Modelo de constancia y heroísmo,
 Que á la hueste agarena
 Hunde con mano férrea en el abismo;
 Mientras arde en amor con llama impura
 La infeliz Hornosinda,
 El terror hermanando y la ternura:
 Como en fiera tormenta
 De borrascoso mar, á veces linda
 Aparece entre nubes tronadoras
 La estrella del amor, su gloria ostenta,
 En Tarifa Guzman. Penoso duelo
 Su pecho oprime en la terrible lucha;
 No hay para el padre misero consuelo.
 Antes la patria sea,
 Que del hijo el amor, el héroe clama,
 Y la piedad no escucha,
 Y al campo lanza del injusto moro
 El acero fatal... Tente ¡oh verdugo!
 Mas ¡ay! que el tierno infante al padre llama
 Con moribunda voz y amargo lloro.
 Canto de execración el bardo entona,
 Cubre el oprobio del infiel la tumba,
 Brilla en la de Guzman aurea corona.
 En Trafalgar retumba
 El pavoroso trueno
 Del cañon que vomita horrenda muerte,
 Y las ondas sonoras
 Del mar revuelven las tajantes proras.
 Al agresor britano, activo y fuerte
 Acometen con ánimo sereno
 Los hijos de la Iberia, enrojeciendo
 El piélago espumoso.
 Oyese de tu lira el son tremendo,
 ¡Oh gran Quintana! que mezclado sube
 Con el ronco clamor de la pelea
 Y el humo denso en vaporosa nube;
 Y allá en el templo augusto
 De la inmortalidad, dó tan brillante
 Lugar te espera, en letras de diamante
 Un genio escribe los sentidos versos
 En que el honor campea
 Del rojo pabellon que al aire ondea.
 Aun resuena en mi oído
 Aquella voz robusta, atronadora,
 Que desde la alta sierra
 Lanzaba por los campos castellanos
 Los ecos de la gloria y de la guerra.
 ¡Oh recuerdo! ¡Oh placer! Tu musa entonces
 Emulando á la antigua de Tirteo,

Al patriota español enardecía,
 Que empuñando el acero
 Para lidiar en desigual contienda,
 Guerra eterna, gritaba, al extranjero
 Que el suelo hispano dominar pretenda.
 En fuego sacrosanto
 De libertad tu corazón ardía,
 Rayos lanzaba tu grandioso canto,
 Y el pueblo entusiasmado te aplaudía.
 ¡Qué fué negado á tu fecundo númen?
 El canto, la grandeza aterradora
 Del mar inmensurable,
 Siguiéndole veloz de polo á polo.
 El pintó la belleza encantadora,
 La gracia deleitable
 De la danza gentil... Luego evocando
 Las sombras de los reyes
 En el oscuro panteon, lamenta
 Sus altos desafueros, y el olvido
 De las antiguas venerandas leyes.
 ¡Saludable lección, terrible ejemplo,
 Que en el augusto templo
 El poeta fatídico presenta!
 Suena después en eco dolorido
 Tu lúgubre canción ¡oh gran Padilla!
 Salud, ilustres mártires! Castilla
 Vuestro arrojo admiró muda y opresa;
 Mas ora al son de roncós atambores
 Os tributa en la huesa
 Con penetrante voz justos loores.
 ¡Célebre Gutenberg! El vate hispano
 Da nuevo lustre á tu glorioso nombre;
 Y al ensalzar tu prodigioso invento,
 Muestra cómo su influjo sobrehumano
 Abuyentó al tenebroso fanatismo,
 Dió vida y libertad al pensamiento
 Y el sólio hizo temblar del despotismo.
 ¡Gloria á ti, vate ilustre, á quien el cielo
 Destinó tantos dones!
 Tú cual antorcha en el hispano suelo
 Brillas con luz espléndida, enseñando
 En sublimes lecciones
 A la estudiosa juventud. Profundo
 Historiador, y crítico eminente,
 Modelo de amistad, ¡qué dulces horas,
 Tu saber admirando,
 Cerca de ti gocé! También un día
 Me lamenté contigo amargamente
 Cuando el bando opresor nos perseguía,
 Cuando el pueblo español con honda pena
 Arrastraba la bárbara cadena.
 Hoy gozas en reposo
 De tus virtudes y afanosa vida
 El justo galardón: hoy se adelanta
 De la posteridad el fallo honroso
 Que te da la corona merecida.
 ¡Honor al siglo de cultura tanta!

EUGENIO DE TAPIA.

Madrid 28 de setiembre de 1854.

ERRATAS

DE LA PÁGINA 288 DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

Línea.	Donde dice	Léase.
43	altiva	viva.
45	mango	musgo.
47	venusto	vetusto.
55	gustoso	garboso.
SEGUNDA COLUMNA.		
45	unieron	unieran.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO Á ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.